

Veíase al regulador supremo de la gran sociedad católica, el padre comun de los fieles, interponiéndose (la historia lo acredita en casi todas sus páginas) sin cesar entre reyes rivales, ó entre vasallos rebeldes y príncipes irritados. Su voz poderosa y venerable era por último escuchada, y gracias á su saludable intervencion, aquella ley divina y universal, que es la vida de las sociedades, volvía á tomar toda su fuerza. En la época que vamos bosquejando esta grande autoridad era casi enteramente desconocida: las creencias comunes, único lazo de las inteligencias, se veían por todas partes atacadas impunemente y minadas por el principio de la heregia protestante, disolvente el mas activo que desde el principio del mundo ha amenazado la existencia de las naciones; el poder temporal, viéndose privado de su único punto de apoyo, no pudiendo ya ser fuerte, tenia que ser violento, y de este modo conseguía alargar un poco la existencia, valiéndose para ello de lo mismo que luego se la debía de quitar: de la misma manera y por una consecuencia necesaria, la obediencia de los vasallos se habia cambiado en servidumbre, y los mantenía siempre dispuestos á la rebelion; y así que aquel orden ficticio y material llegaba á tarbarse, no era ya una crisis pasajera lo que ocurría, sino un desconcierto universal que amenazaba al Estado y ponía continuamente en cuestion la existencia misma de la sociedad.

¿El mal era ya incurable desde aquel momento? Aquel germen de muerte que no solo la Francia, sino toda la Europa cristiana, llevaba en su seno, ¿era ya tan activo y poderoso que no hubiera sido posible sofocarlo? Cuestion es esta que á nadie quizá es dado re-

de decirlo; la Religion, que es el principio vital de las sociedades, y del cual afortunadamente la nacion estaba en cierto modo impregnada. La Religion fué quien, despues de haber escudado al pueblo contra los excesos del poder temporal, volvió á dar á este la energia que necesitaba, le preservó de sus propios furores, y le indicó los límites en que se debía encerrar para mantenerse, fortalecerse y coordinar todo en su derredor. Mas tarde, bajo la tercera raza, le veremos otra vez, separado de la autoridad espiritual, volver á declinar, y que varias circunstancias, cuya causa suministra tambien la Religion, hacen su caída menos rapida y menos sensible; pero esta vez cae para ya no volverse á levantar.

solver; pero lo que no tiene duda es que la Francia, mas que ninguna otra potencia cristiana, debia de haber acometido esta grande y santa empresa y dar al mundo cristiano el saludable ejemplo de volver á entrar en las antiguas vias, y todo nos induce á creer que las demas naciones hubieran imitado su ejemplo.

Ni Richelieu ni Mazarino, con ser ambos príncipes de la Iglesia, fijaron su atencion en este sublime pensamiento. Estos dos hombres no quisieron mas que llevar el poder por distintos medios al término á que llegó en tiempo de Luis XIV, derribando por tierra todo cuanto le pudiera inspirar recelos ú oponer la menor resistencia. Puede verse á qué extremo se hallaban reducidos los gefes de la nobleza, dice Mr. de Saint Victor (1), y en qué habia venido á parar su influencia, fijando la atencion en aquella guerra de la Fronda, no menos perniciosa en su fondo que todas las demas guerras intestinas que la habian precedido, y que si algunas veces presentó un aspecto ridiculo fué porque los grandes, que habian venido á ser impotentes sin dejar de ser rebeldes, se vieron obligados á guarecerse detrás de la gente de pluma y del inquieto populacho que los seguía, para ver si, valiéndose de tan extraños auxiliares, les era posible volverse á apoderar, por medio de nuevas asonadas, de la influencia perdida. No habiendo conseguido su objeto, claro está que por efecto de semejante tentativa debían descender mucho mas que hasta entonces, y en efecto, así sucedió. Desde aquel momento la nobleza dejó de ser un cuerpo político del Estado, y bajo este concepto cayó para no volver á levantarse mas. En cuanto al Parlamento, digno representante del pueblo, y particularmente del populacho de París, no fué políticamente ni mas ni menos que lo que siempre habia sido, es decir, que despues de haberse manifestado insolente y rebelde respecto al poder así que le vió dar alguna señal de debilidad, se postró y humilló ante él, cuando notó que se habia robustecido algo; pero siempre conservando su espíritu y sus máximas, y sin dejar de albergar en su seno elementos de revolucion, mas peligrosos aún que en los tiempos pasados. Tal es el carácter que la oposicion popular presentaba en

(1) Cuadro de Paris, t. 4, part. 1, p. 6.

aquella época, pudiendo decirse que estaba abatida, sí, pero no aniquilada. Otro tanto puede aplicarse á los religionarios, de quienes ya nada se oía decir como oposicion armada, desde que Richelieu habia descargado sobre ellos los últimos golpes; mas no por eso dejaban de minar sordamente, por medio de sus doctrinas corrompidas y sediciosas, ese mismo poder que ya no les era dado combatir cara á cara. Esta era la situacion de Francia, cuando en pos de éstos dos gefes del Estado apareció Luis XIV, heredero de todo su poder y en disposicion de darle nuevo vigor, seguridad y firmeza por los derechos de su nacimiento y el esplendor de la magestad Real.

La série de su reinado (1) presenta sucesivamente las consecuencias de aquel sistema oriental, en que todo quedó postrado ante el monarca, donde no se quiso mas que un señor y esclavos, donde los ministros de los caprichos del monarca, que estaban encorvados al parecer bajo el mismo yugo que pesaba indistintamente sobre todos, poseían en efecto, por trasmision, como sucede en todos los gobiernos despóticos, la plenitud del poder, de que les era dado abusar impunemente contra todos los individuos de la nacion, grandes y pequeños.

Sabido es el movimiento facticio que semejante fuerza y concentracion de voluntad imprimieron á la sociedad, y el partido que supieron sacar de él dos hombres diestros, que explotaron en provecho de su ambicion personal el orgullo y la ambicion de su señor, la sangre y la sustancia de los pueblos, el reposo de la cristiandad y el porvenir de la Francia. Louvois habia hecho á Luis XIV vencedor y árbitro de la Europa: Colbert juzgó que esto no era bastante, é intentó nada menos que sustraerlo enteramente al ascendiente, cada vez menos visible, que la autoridad espiritual ejercia todavia sobre los soberanos. No pudo llevar enteramente á cabo su proyecto, porque para eso hubiera sido preciso que Luis XIV hubiera dejado de ser católico; pero los males que su tentativa produjo fueron grandes é irreparables. Bajo una administracion tan activa y fecunda en resultados brillantes, hubo para el gran rey largo enagenamiento; y aun despues de pasado este arrebató, todo induce á creer que

Luis XIV, educado desde su infancia en las máximas de aquel ministerialismo grosero, no dejó de estar profundamente convencido de que al fin habia resuelto lo mas perfectamente posible el problema del gobierno monárquico. «El Estado soy yo,» solía decir con frecuencia, complaciéndose en este egoismo político, que nada mas probaba sino que si bien su voluntad era enérgica, sus miras eran de poco alcance, y que no comprendía sino muy imperfectamente el espíritu de la sociedad tal cual la ha formado la Religion católica, á la que por otra parte se mantenía sinceramente adicto.

Los mayores enemigos de esta Religion de verdad no pueden menos de convenir en un hecho tan claro como la luz del dia, y es que ella ha desarrollado la *inteligencia* en todas las categorías del orden social, en un grado cual ninguna sociedad pagana nos ofrece ejemplo: de donde ha resultado que el pueblo, propiamente hablando, ha podido en las naciones cristianas ser *libre* y entrar en la sociedad civil; porque todo cristiano, por mas ignorante y grosero que se le proponga, tiene en sí mismo, gracias á su fé y á la perpetuidad de la enseñanza, un regla de costumbres y un principio de orden suficiente para mantenerse en esta sociedad sin turbarla, en tanto que la multitud gentilica, que carecia de esta ley moral, ó que por lo menos no tenia de ella mas que nociones muy vagas, debió, si el mundo social habia de mantenerse en pie, permanecer esclava y no salir de la sociedad doméstica, única que convenia á su tierna infancia. Mas este poder del cristianismo, derivándose de Dios mismo, tiene, por lo que concierne á sus relaciones con la sociedad política, dos principales caracteres, que son, ser universal y soberanamente independiente; porque Dios no puede tener dos leyes, es decir, dos voluntades, y nada hay sin duda alguna mas libre que Dios. La universalidad de esta ley, su independenciam, y su accion continua sobre las *inteligencias*, es lo que contituye ese maravilloso conjunto social que se llama *cristiandad*. El cristianismo, pues, como regulador universal, tiene preceptos tan obligatorios para los gobernantes como para los gobernados: reyes y súbditos viven igualmente bajo su dependencia y en su unidad, pues que hasta blasfemia sería el suponer que en este mundo hay alguna cosa que

(1) Cuadro de Paris, t. 4, part. 1, p. 184 y 192. B. del C., tomo XXI.—VIII—HISTORIA ECLESIASTICA.—Tomo VI.

pueda ser independiente de Dios. Luego es evidente que de la sumision de un príncipe á esta ley divina, es de donde deriva la legitimidad de su poder sobre una sociedad cristiana; y efectivamente, obedecer á la autoridad del rey y obedecer al mismo tiempo á una autoridad que se juzga superior á la suya y contra la cual estaria en rebeldia, implica contradiccion. Si el príncipe se cree con derecho de sustraerse á esta ley, todos tendrán el derecho mucho mas incontestable de resistirle en todo lo que concierne á ella, pues solo por esta ley, sola y exclusivamente por ella, es por donde él tiene el derecho de mandarlos; porque el suponer que la *inteligencia* de un hombre, cualquiera que este sea, tiene el privilegio de imponer una regla *sacada de si misma*, á las *inteligencias* de los demas, es imaginar en cuanto á tiranías lo mas degradante y monstruoso que jamás se haya seatado como principio ó reducido á práctica en ningun pueblo del mundo (1). Los gobiernos paganos mas violentos jamás tuvieron esta pretension; pues si redujeron á esclavitud al pueblo propiamente dicho, es porque le habian en cierto modo escluido del rango de las *inteligencias*, no ejerciendo su accion sino sobre la parte que hay de material en el hombre degradado hasta semejante extremo.

De modo, que siendo todo *inteligente*, libre, y tratándose de una sociedad cristiana, es fácil de observar la falta que cometió Luis XIV, cuando despues de haber enteramente aislado su poder acabando de destruir todos los puntos intermedios entre su pueblo y él, trató de sacudir tambien el leve yugo que la autoridad religiosa le imponia. Él y sus consejeros creyeron que con semejante independencia se robustecería su poder, y lo cierto es que su poder quedó vacilando hasta en sus cimientos, recibiendo el golpe mas fatal que jamás se le habia dado. Habiéndose, pues, presentado solo enfrente de su pueblo, es decir, enfrente de una multitud de *inteligencias*, á quienes la luz del catolicismo habia impreso un movimiento que solo al poder católico correspondia dirigir, y cuyo movimiento á nadie era dado

(1) Exceptuando la Inglaterra: allí es donde bajo el reinado de Enrique VIII y sus sucesores se ha realizado este prodigio.

contener, suscitáronse al momento dos oposiciones contra aquel imprudente monarca: una, la de los verdaderos católicos, que continuaron presentando á su vista los limites de aquella ley divina que él queria traspasar; y otra, la de los sectarios, que aceptando con afan el principio de rebelion que él mismo acababa de proclamar, dedujeron al momento todas sus consecuencias y se sublevaron á la vez contra uno y otro poder. ¡Estraña contradiccion! En los últimos tiempos de su vida, se alarmó el monarca de este espíritu de rebelion, hasta el punto de buscar un refugio contra él en la misma autoridad que habia ultrajado: y á pesar de eso, al paso que parecia volver á la Santa Sede la plenitud de sus derechos, trataba de *opiniones libres* á la misma Declaracion, que minaba sus fundamentos, y llegaba al extremo de mandar que fuese publicamente profesada y defendida. No se olvidaron de esta circunstancia los jansenistas ni el parlamento, y desde entonces reservaron estas *opiniones libres* para tiempos mas oportunos.

El principio del protestantismo se manifestaba á las claras en esta fermentacion de los ánimos, y el príncipe que la habia escitado cedia á su pernicioso influjo sin sospecharlo. Empero al mismo tiempo que este principio alteraba de un modo casi insensible las creencias católicas de la multitud, las últimas consecuencias de aquellas doctrinas, que desde la negacion de algunos dogmas del cristianismo, conducen rápidamente a todo espíritu pensador hasta el ateísmo, que es la negacion de todas las verdades, habian ya producido su efecto sobre no pocos, y particularmente en la corte era donde ya se contaban algunos incrédulos y ateos.

Para que la Francia se salvára de los abismos que Luis XIV dejó abiertos al morir, habria sido menester que el monarca que le sucedió hubiera tenido la energia de voluntad que aquel poseia y las elevadas miras de que carecia (1). El primer pensamiento de un rey tal cual nos le imaginamos, hubiera sido el dirigirse rectamente al origen del mal: habria conocido que al separar su antecesor violentamente el poder político del poder religioso, ha-

(1) Mr. de Saint-Victor, *Cuadro de Paris*, t. 4 part. 2, p. 14.

bia atacado al principio mismo de la vida en una sociedad cristiana, y por lo tanto, su primer cuidado hubiera sido reanudar la antigua alianza y consolidarla en sus bases naturales. Es decir, que en lugar de precaverse contra las *usurpaciones* de Roma, hubiera suplicado á Roma que le favoreciese con su cooperacion para restablecer el orden en medio de aquella sociedad, de que Dios le habia hecho jefe con el cargo de tener cuenta de ella, conduciéndola desde el desenfreno de opiniones que amenazaba penetrarla por todas partes, á la unidad de creencias y doctrinas, que únicamente la sumision puede producir, pues creer y someterse son efectivamente una sola y misma cosa: de donde resulta que, donde quiera que falta la fé, hay rebeliones y desórden.

El mismo hubiera sido el primero en dar ejemplo de esta sumision. La corrupcion que llevaban consigo esas opiniones licenciosas, no habia penetrado aún en las entrañas del cuerpo social: hasta entonces no habia atacado mas que á las superficies, pues dejando á un lado las clases elevadas de la sociedad, los parlamentarios y algunas camarillas que se iban formando á la sombra de un reducido número de obispos y de eclesiásticos jansenistas ó galicanos, el catolicismo dominaba aún en todas partes. La Francia tenia la fortuna de poseer un clero poderoso por sus riquezas, y que por consiguiente, tenia grande influencia sobre el pueblo, en el que miraba como un deber derramarlas. Hallábase tan distante de haber adoptado esas máximas de una supuesta independencia que vergonzosamente le entregaban sin defensa á los caprichos del poder temporal, que aquellos mismos de sus individuos, salvadas algunas escepciones, que por de pronto se habian dejado seducir, volvian presurosamente atrás, espantados de las consecuencias que aquellas peligrosas máximas llevaban en pos de sí. A la primera señal de las dos potestades, esta milicia de la Iglesia pudo aun haber hecho prodigios: el jansenismo hubiera sido pulverizado, la impiedad hubiera permanecido silenciosa, ó se hubiera hecho hipócrita, y el espíritu parlamentario, es decir, el espíritu de revolucion, hubiera quedado comprimido, ó acaso apagado. Para lograr tan noble objeto, el hijo primogénito de la Iglesia, el rey cristianísimo, valiéndose de todos los recursos de

civilizacion y de poder material, creados por su antecesor, y de los que este último habia hecho tan funesto abuso podia haber adquirido la incomparable gloria de reanimar para siglos no solamente al hermoso reino de Francia, sino acaso á toda la cristianidad espirante. Dicese que el duque de Borgoña era capaz de comprender y llevar á cabo este medio de salvacion, único que era posible ensayar; nosotros no nos hallamos muy distantes de creerlo, al considerar que el duque era discípulo de un Fenelón, que de todos los obispos de Francia era el que comprendia mejor esta política cristiana, y quien mejor que otro alguno habia conocido la causa de las faltas del reinado que acababa de espirar. La Providencia lo dispuso de otro modo: este príncipe fué arrebatado á una nacion que fundaba en él todas sus esperanzas, y un niño de pocos años se sentó, en medio de las borrascas que tantas faltas habian preparado, sobre el trono, desde el que un anciano monarca acababa de bajar tan dolorosamente á la tumba.

Durante la regencia del duque de Orleans, puede decirse que en cierto modo se acumularon todas las consecuencias del sistema de gobierno establecido por Luis XIV, y que no hubo mas diferencia en el modo de gobernar que la del carácter de los dos hombres que gobernaban. Luis XIV no habia querido límites para el poder monárquico, ni en las antiguas instituciones políticas, ni en la supremacia de la autoridad religiosa; mas él, como ya se ha dicho, se mantenía sinceramente adicto á la Religion. Esos límites, que su orgullo no le permitia reconocer, los hallaba necesariamente en su propia conciencia, que en medio de sus mayores extravíos le refrenaba, poniéndoselos delante, y dominando así la cabeza del déspota con el corazón del cristiano. Un príncipe sin fé, sin costumbres, sin conciencia, heredó inmediatamente despues de este monarca el poder en toda su latitud, y pudo impunemente convertirlo, como lo convirtió en efecto, en instrumento de escándalos, de desórden, de corrupcion, de violencias y espoliaciones para con los ciudadanos, y de insultos y ultrajes para con la nacion; pues todo eso se encuentra en la administracion de aquel sibarita sumido casi continuamente en la pereza y el libertinaje. Si durante el periodo de aquella administracion opresora,

se vió alguna vez aparecer, porque así lo quería su señor, alguna sombra de aquella oposición política que Luis XIV había abatido, como ya había declarado independiente de la autoridad religiosa y carecía de freno y de moderador, volvió á tomar sus tendencias anárquicas, siendo más incompatibles que nunca con semejante despotismo; y aunque se vió vencida por este, volvió de nuevo á conspirar contra él en el silencio de la oscuridad.

Sin embargo, es muy de notar, que en esa tendencia continua del poder á restablecer en Francia el materialismo político más degradante y absoluto, el catolicismo, de que la nación estaba impregnada en casi todas sus partes, le embarazaba en su marcha, y por más que aquel había hecho por atenuar su influencia, le suscitaba obstáculos más reales y más difíciles de vencer que la oposición parlamentaria. No pudiendo destruirle, quiso al menos explotarlo en provecho suyo; y la Religión, á quien las usurpaciones sucesivas y continuas de los príncipes temporales habían gradualmente sustraído en Francia de la protección santa y eficaz de su jefe natural; la Religión, cuando Luis XIV colmó la medida de aquellas usurpaciones, que tuvieron buen cuidado de retener después de su muerte, se vió reducida al oprobio de ser protegida por hombres que al mismo tiempo la profanaban con sus escándalos y la ultrajaban con sus desprecios. Demasiado pronto veremos lo que de todo este resultado; por ahora nos bastará advertir, que á pesar de la falsa posición que en el reino ocupaba todo lo que puede ejercer una acción política sobre el cuerpo social, y particularmente el poder religioso, su acción, sin embargo, no era menos real, ni dejaba por eso de impedir que el poder marchase tan decididamente como hubiera deseado por las vías que se había abierto; y por último, que el poder, débil unas veces, y otras violento, según era más ó menos viva la presión de las resistencias que le rodeaban, tenía todos los inconvenientes del despotismo, sin ninguna de las ventajas que ordinariamente resultan para el déspota de la unidad de la voluntad y de la energía de la acción.

§ II.—Cuadro religioso de la Francia en el siglo XVII.—Educación.

Hemos dicho que rechazada la Religión por la sociedad política, se había guarecido últimamente en la familia y en la sociedad civil. De aquí nacieron las maravillas que ella obró en tiempo de Enrique IV, de Luis XIII y de Luis XIV. El espíritu religioso que dominó en esos tres reinados, los grandes ejemplos de virtud que descollaron en todas las clases, tantos establecimientos, fundaciones, obras é instituciones que la piedad y la caridad produjeron, presentan un espectáculo bien digno de fijar la atención y de inspirar algún consuelo.

El clero y la corte, la capital y las provincias, el siglo y el claustro ofrecían igualmente dignos modelos en algunos personajes, á quienes la santidad de su vida, la sabiduría de sus consejos, su generosa abnegación y su celo por el bien, aseguraban una extraordinaria influencia (1). Entre ellos brilla en primer término un hombre que derramó tanta luz sobre su siglo, que con razón puede ser considerado como su principal ornamento. Simple sacerdote nacido en una condición oscura, pobre y humilde, Vicente de Paul, distribuye inmensas limosnas, restablece la disciplina eclesiástica, funda asilos de beneficencia para los pobres, instituye congregaciones para instruir y servir al prójimo y presta á la Iglesia y al Estado inapreciables servicios. Los grandes le consultan, los ricos le confían sus tesoros, el pueblo le reverencia, los hombres de bien le escojen por consejero y guía; no hay obra buena que no halle en él un promotor tan discreto como celoso, y el ascendiente que llega á adquirirse por la sola autoridad de sus virtudes no le sirve más que para imprimir en su alrededor un movimiento, cuyos felices resultados se hacen sentir por todo el reino. Este impulso es poderosamente secundado por una multitud de virtuosos personajes de todas condiciones. Santos obispos, párrocos vigilantes, sábios confesores, intrépidos misioneros, ejemplares religiosos, monjas llenas de fervor, princesas consagradas á las obras de piedad,

(1) Ensayo de la influencia de la Religión en Francia durante el siglo XVII, t. 1, Prefacio, p. III.

nobles damas cuya diaria ocupación es ir á llevar socorros y consuelos á los asilos de la miseria y del sufrimiento, magistrados y otras personas que en medio del estrépito del mundo se honran en practicar la piedad y en consolar á sus hermanos; tal es el bello cuadro que la sociedad presentaba.

De esta venturosa emulación de celo y de virtud, de que todas las clases se sentían animadas; de esta solicitud general por contribuir á todo lo que tuviese un motivo honroso y un objeto útil, nacieron tantos establecimientos que merecen el aprecio de la Religión, de la moral, de la sociedad y de la humanidad entera. Por do quiera veíanse formar asociaciones de caridad bajo diversos nombres, pero inspiradas por los mismos motivos y encaminadas al mismo fin. Edificáronse hospitales para los enfermos, asilos para la indigencia, refugios para el arrepentimiento, y escuelas para la infancia. Instituyéronse numerosas congregaciones con el doble objeto de socorrer á los desgraciados y educar á la juventud en las máximas de piedad. Casi todas las provincias se enriquecieron con alguna institución, que, á la manera de las Hijas de San Vicente de Paul, se consagraba al cuidado de los enfermos y á la instrucción de los ignorantes; y esta interesante vocación llegó á generalizarse tanto, que apenas hubo ciudad donde no se estableciera bajo diversos nombres una asociación de estas hermanas venerables, honor eterno de la Religión y de la caridad. Esta obra pertenece al siglo XVII, y ella sola sería suficiente para que se admirase el espíritu de una época en que dominó tan eficazmente el deseo de proveer á las necesidades del menesteroso, enjugar las lágrimas y curar las llagas de la humanidad.

Mediante saludables reformas presentaron igualmente las órdenes religiosas un nuevo aspecto: la piedad y los estudios florecieron á la vez, y memorables ejemplos de fervor y penitencia recordaron los más hermosos días de la disciplina monástica. El espíritu del sacerdocio se reanimó por el concurso de los esfuerzos de los prelados y de sacerdotes tan virtuosos como llenos de celo; formáronse seminarios, y esta obra, que también es peculiar del siglo XVII, fué uno de los más poderosos recursos para efectuar una feliz renovación en el clero. Así-

mismo las conferencias eclesiásticas y los retiros pastorales, instituidos también por aquel tiempo, sirvieron para perpetuar el beneficio de la educación clerical, y para mantener entre los sacerdotes el espíritu de su vocación y el celo por las funciones de su ministerio. Algunos misioneros se diseminaron por las ciudades y las campiñas, á fin de reanimar en el pueblo la adhesión á la fe y la fiel observancia de sus prácticas, así como para combatir contra los vicios y desórdenes, fruto ordinario de la ignorancia y del olvido de la Religión. Sorprendentes conversiones fueron el resultado que trajeron consigo aquellas extraordinarias y piadosas predicaciones, y la Iglesia pudo regocijarse y la piedad tener nuevos consuelos al ver los felices cambios que se efectuaron en las costumbres. Estrecho campo fué la Francia para el valor de los misioneros, y así muchos se alejaron á remotos países á propagar el conocimiento del verdadero Dios, arrostrando las fatigas, los peligros, y hasta el martirio.

Otro notable resultado del espíritu dominante del siglo XVII es el grande número de templos que por entonces se edificaron en Francia. No solamente se restauraron los que habían sido demolidos por los protestantes, no solamente se reedificaron aquellas antiguas catedrales y abbas destruidas durante las turbulencias y guerras civiles, sino que en varias ciudades se levantaron de nueva planta parroquias, capillas y monasterios. Estos piadosos edificios se multiplicaron por todas partes con una especie de profusión, siendo tal en este particular el ardor de los fieles, que más de la mitad de los templos que adornaban las ciudades francesas habrá como cincuenta años, pertenecían al siglo XVII. A medida que la capital se iba extendiendo, los nuevos barrios se cubrían de iglesias y de comunidades, que parecían atraer la bendición del cielo sobre el aumento de la población. Cada hospital, cada convento, cada seminario y cada colegio tenía su capilla particular, y no se concebía que fuera posible edificar un arrabal ó construir un nuevo establecimiento, sin ponerlo bajo la protección divina, destinando un local para orar y un altar para ofrecer el sacrificio augusto de la Religión.

Una caridad inmensa bastaba para llevar